

## NUEVAMENTE, SOBRE LAS LIBERTADES PERSONALES EN EL MUNDO COMUNISTA

POR

ENRIQUE ZULETA PUCEIRO.

En los primeros días de diciembre de 1970, el escritor y diplomático chileno Jorge Edwards, llegó a La Habana como primer enviado del gobierno socialista chileno, luego de la reanudación de relaciones diplomáticas, a poco de haber asumido el poder Salvador Allende. *Persona non Grata* (1) tiene el valor y el interés de ser el relato de su experiencia como intelectual y diplomático, a la vez que una profunda reflexión sobre el problema de la vigencia y valor de las libertades personales en el Estado comunista. Si bien este tema se encuentra hoy nuevamente en el primer plano de las noticias —y ello se debe, en gran medida, a las resonantes denuncias llevadas a cabo por el premio Nobel Soljenitzin y a sus alegatos contra el terrorismo e internacionalismo marxista—, de manera inexplicable, las memorias de Edwards no han recibido la atención que merecen sus méritos literarios, documentales y testimoniales.

La obra comenzó a escribirse en abril de 1971, en momentos en que en Cuba se producía una de las purgas más feroces contra artistas e intelectuales. La represión comunista había alcanzado a rozar al escritor chileno, ocasionando su expulsión del territorio cubano, aun cuando obvias razones diplomáticas impidieron la declaración formal de persona no grata en su contra. La amistad de Edwards con Pablo Neruda, entonces embajador chileno en Francia, determinó su nombramiento como ministro consejero en la representación chilena, eludiendo así seguras represalias en el seno de la Unidad Popular. Un "Epílogo Parisino" recoge impresiones del autor acerca

---

(1) Edwards, Jorge: *Persona non grata*, Barcelona, Barral Editores, 1973.

de acontecimientos de la trascendencia de los procesos judiciales relativos a las nacionalizaciones en la industria cuprífera, las ruedas de renegociación de la deuda externa ante el Club de París, y circunstancias que rodearon al golpe militar de 1973, que acentúan la actualidad e interés del libro.

A diferencia de lo que ocurre en el caso de Soljenitzin, la postura de Edwards no parte de un rechazo del marxismo como filosofía ni como praxis. Se trata más bien de la reacción auténtica de un intelectual "progresista", frente a la cruda y descarnada realidad del comunismo en acción y, particularmente, contra la férrea afirmación de la Razón de Estado Revolucionario contra cualquier instancia de libertad personal que se le oponga. Un interrogante resume su intención fundamental:

«¿Fortalece de verdad a la izquierda su manía apologética, el tono de publicación parroquial que impera en sus diarios y revistas? ¿Puede la Historia avanzar en hombros de la mentira piadosa? El problema de la libertad de pensamiento se plantea de modo nuevo en cada encrucijada del socialismo» (pág. 297) ... «¿Es concebible la Revolución sin el sistema de seguridad, sin el Comité de Salud Pública levantado a la sombra de la Guillotina?» (pág. 311).

La respuesta de Edwards a estos interrogantes adopta un tono indirecto y conjetural, sin dejar por ello de implicar una negativa contundente, expresadas en páginas por momentos impresionantes, donde los retratos personales de los hermanos Castro, Roa, Debray, Guevara, etc., se alternan con la descripción del atraso, el espionaje y la persecución. Frente a las críticas que espera del marxismo, procura deslindar su posición, y afirma:

«Entre un intelectual que formula críticas al régimen y un agente del enemigo, de la contrarrevolución, hay para mí una diferencia muy clara. Creo que para un Estado socialista es también importante establecer esa diferencia» (pág. 363) (2).

---

(2) Párrafo de la transcripción de su última entrevista con Fidel Castro.

No vacila, incluso, en proponer como alternativa al dilema socialismo-libertad su creencia en una posible conjugación del socialismo con el pluralismo de partidos y la libertad de expresión a la manera del Chile de Allende. Pero condiciona su afirmación, transcribiendo un párrafo de su diario personal, de fecha anterior al golpe militar chileno, con lo que acentúa el matiz hipotético de su opinión:

«Pero Debray tiene muchos amigos, en Cuba y también en Chile, que observan nuestra experiencia actual con secreto menosprecio, como simple transición a un enfrentamiento inevitable y cuya violencia, cualquiera sea su resultado, invalidará los postulados pacíficos que invoca hoy el gobierno de Allende» (pág. 311).

Por nuestra parte, no podemos menos que recordar, ante lo dicho, las afirmaciones de Castro en su visita a Chile, cuando expresando que "de ser uruguayo votaría por el Frente Amplio", abría crédito a la vía electoralista del marxismo, de la que Allende era en aquel entonces exitoso representante, y su posterior reafirmación de fe en la violencia guerrillera como única vía posible en América Latina, al prologar la edición póstuma de los discursos y escritos políticos de Allende.

Aun cuando la posición ideológica de Edwards le cierra la vía para extraer consecuencias de fondo de los elementos aportados, la obra pone de manifiesto, de manera incuestionablemente documentada, las profundas grietas materiales y espirituales del aparato comunista y la total insuficiencia de sus planteos respecto a la realidad de los pueblos de Hispanoamérica. En tal sentido, es una contribución al esclarecimiento de problemas que la demagogia y la propaganda mantienen en la penumbra tendenciosa de tantos otros mitos actuales. América, y Occidente en general, necesitan reflexionar con urgencia sobre las experiencias chilenas y cubanas. Discrepamos con el escritor chileno, en su afirmación de que Chile no pueda participar ya de esa discusión y reflexión. Todo lo contrario, es precisamente ese país, aun devastado por el caos político, social y económico, el enfrentamiento civil y la crisis de valores instaurada du-

rante los últimos años, el que tiene los mayores deberes en ese sentido. Si bien es cierto que Chile ha sido el escenario de una derrota catastrófica del marxismo internacional, la victoria no residirá, en definitiva, en el hecho cívico-militar, sino en la remoción de aquellas causas que, por acción o reacción, llevaron a Chile al borde de un colapso definitivo. Es cierto que la Unidad Popular no llegó a montar el brutal aparato de espionaje y represión que Edwards denuncia en Cuba. Pero la causa de ello no fue la pretendida vocación pluralista de Allende, sino la extrema endebles del experimento marxista, planteado en el seno de una sociedad hostil, que adhiere aún a la tradición republicana de Hispanoamérica, y con fuerzas sociales capaces aún de una reacción salvadora. A diferencia de Castro, Allende no recibió un país devastado por la guerra civil. Debía, entonces, iniciar una lenta tarea de erosión y definitiva destrucción de las organizaciones sociales naturales y, en especial, de las Fuerzas Armadas (3).

A este respecto, Edwards narra las presiones ejercidas en aquellos momentos por los sectores más radicales del marxismo chileno, en el sentido de la necesidad de acelerar ese proceso mediante golpes cada vez más contundentes y descubiertos contra el ejército y las instituciones económicas y sociales fundamentales. Sobre este punto, son especialmente ilustrativas las páginas dedicadas, por ejemplo, a la visita a La Habana del buque escuela chileno *La Esmeralda*, con sus múltiples incidentes de espionaje y "puestas en escena" por parte de las autoridades comunistas, y las reacciones de los oficiales de la marina chilena, con su profunda desconfianza ante el proceso cubano, en el que veían prefigurado el futuro próximo de Chile. En el campo de la política económica, el autor es terminante, al afirmar que el espíritu en principio conciliador de los directivos de la industria y agricultura se vio comprometido y al final desautorizado por las tomas ilegales de tierras y por los métodos sectarios en la aplicación de la reforma agraria. Relata, por ejemplo, la entrevista que mantuvieron economistas de la Unidad Popular con Allende y

---

(3) Cf. Widow, Juan A.: *Significado de un despertar*, en el volumen de varios autores *Estampas de Chile*, Madrid, Speiro, 1974.

las más altas autoridades del área económica. Aquéllos, ya de vuelta de la "experiencia cubana", expusieron sus temores al presidente ante los graves síntomas de la economía chilena. En ese momento, alguien tomó la palabra respondiendo: "No estamos aquí para administrar bien una economía capitalista, sino para hacer una revolución". "La inflación está destinada a terminar con el poder económico de la gran burguesía" (pág. 410).

Hay en Edwards un resentimiento contra el sector triunfalista de los ideólogos que precipitaron a Allende en el fracaso:

«Una de las debilidades de la Unión Popular, que siempre me sorprendió por su intenso arraigo sobre todo en los sectores que trataban de situarse más a la izquierda, fue la tendencia a confundir los deseos con las realidades» (pág. 187).

La visión de la grave crisis cubana no es menos esclarecedora. A su juicio, el sistema de "estímulos morales" pregonado por el "Che" Guevara, ha fracasado ante las rudas realidades económicas de la isla. La improvisación, la ausencia de un proyecto político-económico original, la dictadura ideológica del esquema económico marxista y sus recetas, de probada ineficacia en las economías agrícolas, han desembocado forzosamente en la postración y el estancamiento de un sistema que, para sobrevivir, necesita del recurso al comisariado político y el terror. Casas y calles en ruinas, restos de automóviles inservibles, largas filas de maquinaria agrícola sin uso son datos aportados por Edwards en su cuadro descriptivo.

Una sensación de aislamiento y encierro cultural, caracterizada por el espionaje, la delación y la persecución, completan una situación de presión insostenible ...

«Lo cierto es que la situación favorece al delirio. La fría realidad, la veracidad equilibradora, importan poco. Y la presión psicológica, favorable a las alucinaciones, tiene un resultado político: toda crítica será invalidada con mil pretextos —orígenes burgueses, oportunismo, debilidad moral, etc.—, toda adhesión utilizada sin reparos y todo poder recortado. Sólo permanecerá, exento de filiación, libre de pecado original, concebido sin mancha, el Poder único» (pág. 157).

Y agrega más adelante:

«... para la gran burocracia universal, el mundo se dividirá pronto entre burócratas por un lado, y agentes de una y otra CIA (es decir burócratas secretos) por el otro. La burocracia no concibe ni soporta la gratuidad de ninguna conducta humana» (pág. 227).

Ya hemos apuntado el paralelo que, desde posiciones profundamente diferentes, guarda la denuncia de Edwards con la de Soljenitsin, y la relatividad de la primera respecto a la segunda. Ello se debe, sobre todo, a que el esfuerzo de penetración en los errores esenciales del marxismo que efectúa el escritor soviético es mucho mayor. Para él, el aparato policíaco, la coacción totalitaria de la vida personal, el desquicio político y económico de los países comunistas, *son una consecuencia rigurosa de las premisas del marxismo leninismo ...*

«Esta ideología que se nos ha transmitido por herencia, no sólo es inconsistente, no sólo es irremediablemente caduca, sino que en su mejor década se equivocó en todas sus predicciones y jamás ha tenido rigor científico» ... «Esta mentira forzada, obligatoria, impuesta por el uso, se ha convertido en el aspecto más torturante de la vida de nuestro pueblo, peor que todas las adversidades materiales, peor que cualquier falta de libertad en el orden civil» (4).

Es que la utopía marxista es radical y absolutamente totalitaria. Aspira a una síntesis definitiva, que arrase cualquier instancia que se le oponga, o que intente, al menos, afirmarse con matices propios frente a los imperativos revolucionarios. Cuba y Chile son ejemplos definitivos de que el encuadramiento de los "compañeros de ruta" es transitorio, hasta tanto las circunstancias permitan un tajo definitivo a la realidad y a la Historia. Como bien ha señalado Thomas Molnar, los sistemas utópicos, en cuanto modelos ilusorios de pen-

---

(4) Soljenitsin, Alexandr: *Carta a los dirigentes de la Unión Soviética*, Madrid, Plaza y Janés, 1974, págs. 57 y 64.

samiento que responden a una tendencia del espíritu humano, poseen una lógica y un sistema de interpretación de los acontecimientos que les es propio. Es por ello que los datos reales —el orden natural dado, la persona, sus formas naturales de sociabilidad, la Historia—, no influyen demasiado sobre sus creadores y sostenedores:

«Estos se encuentran siempre en condiciones de ajustar los datos al lecho de Procusto de sus deseos, y de extraer alicientes hasta de los acontecimientos más desfavorables» ... «... hay un desprecio hacia el presente, así como por aquellos sucesos de la Historia que separan a la humanidad de la meta deseada, pues se escoge concentrarse alrededor de la llegada misma y desdeñar todo lo referente al modo de llegar» (5).

La consecuencia paradójica y siniestra de la Utopía en el terreno de las realidades políticas es el intento de operar una mutación violenta de la naturaleza y la conciencia del hombre, en la búsqueda del Estado Ideal y de una felicidad geoméricamente perfecta, que desemboca en las más inhumanas formas de opresión que ha conocido la Historia.

Frente a la evidencia de la naturaleza terrorista y totalitaria del marxismo leninismo en el poder, Edwards ha reaccionado como en otras circunstancias y con diferentes propósitos lo hicieran los Sartre, Goldmann, Garaudy, Marcuse (6), o el reciente Vargas Llosa frente a los ataques a la libertad de prensa en Perú. Se trata de una postura literaria, vagamente apoyada en la hipótesis inverificable de un marxismo "humanista". Pero el testimonio de Edwards se ve notablemente realzado por la presencia entrañable y directa de una experiencia personal que le ha permitido vislumbrar, en el duro terreno de los hechos, que las exigencias del compromiso marxista conllevan, necesariamente, el cercenamiento de la libertad personal y de su dimensión creadora.

---

(5) Molnar, Thomas: *El utopismo, la herejía perenne*, Buenos Aires, EUDEBA, 1970, pág. 211.

(6) Cfr. sobre esta actitud, García de Cortázar y Sarminaga, J. A.: *Neomarxismo y libertad*, en *Poder y libertad*, Madrid, Speiro, 1970.